

ALBUM LITERARIO,

PERIÓDICO DE CIENCIAS Y LITERATURA.

Publicase los días 7, 14, 21 y 28 de cada mes. Su precio es en Madrid 4 rs. al mes y 10 trimestre. Se suscribe en la redaccion, calle de la Encomienda, núm. 8, clo. principal, y en las librerías de la Viuda de Vazquez é hijos, calle ancha de San Bernardo, 17; en la de Cuesta, Mayor; y en la de Durán, calle de la Victoria.

En provincias 14 rs. trimestre dirigiéndose á la redaccion y girando libranza de fácil cobro á favor de la misma ó en sellos de franqueo.

ADVERTENCIA.

Los señores suscritores de provincias que no hayan abonado el importe del presente trimestre, se servirán remitirlo á la mayor brevedad.

El Secretario de la Redaccion.

Luis de MONTAÑO Y J.

Breve reseña de la Literatura Española.

(Continuación.)

La decadencia del castellano debe contarse desde el reinado de Felipe IV, hasta el de Felipe V, y se estiende á todo el siglo XVII. El furor de latinizar nacido del escolasticismo y la erudicion pedantesca de este tiempo, fue el primer borron que enunció el castellano en la pronunciacion, en el caudal de la lengua y en las construcciones. De aqui resulta la pretendida secta de los cultos ó cultolatinispana, cuyos corifeos fueron en prosa el Padre Hortensio Paravicino, y en el verso, el cordovés Luis de Góngora tan atrevido é hinchado, que ha dado nombre en el estilo gongorino á toda obra poética oscura, hinchada y pedante. No se puede negar á Góngora talento y genio poético; sus romances y letrillas, es lo mejor que se halla en nuestro Parnaso Español. Pero despues del empeño que mostró en singularizarse aparece estravagante, como se ve en su Polifemo y soledades. El escribir culto segun la práctica de Góngora, consistia en usar las metáforas mas

atrevidas y monstruosas, de las mas violentas transposiciones, usar á cada paso sin necesidad ni gracia voces latinas; de todo lo cual resultaba una oscuridad inesplicable. La turba de poetas deslumbrada con la novedad y fama de Góngora, adoró sus misterios, le declaró por príncipe de los poetas y quiso imitarle ciegamente; esplicó, ó mas bien, se ensayó á explicar sus enignas, gastando el tiempo en hacer de sus obras pesados é indigestos conceptos. Mas como estos miserables imitadores carecian del ingenio y demás prendas de que se hallaba adornado, aunque abusó de ellas desgraciadamente, solo imitaron la corteza del estilo, logrando escederle en oscuridad y estravagancia. Ultimamente como en el fondo nada sabian y no queriendo aparecer tan pigmeos como en realidad eran, afectaron su mezquina erudiccion hasta en las voces y en el modo de usarlas, acabando de corromper la literatura y el language con sus insípidos equívocos y retruecanos de palabras. Otra de las causas, que contribuyó á la decadencia de la literatura, fue el dedicarse á traducir aquellos autores últimos restos de la literatura latina, y que florecieron cuando ya los declamadores principiaban á corromper la elocuencia y cuyo estilo hinchado, oscuro y campanudo, tradujeron é imitaron fielmente sin hacerlo de sus bellezas. Asi vemos en la traduccion de la Farsalia por Jauregui, el cual con sus cultas perifrasis y redundancias enerva los robustos conceptos y versos de Lucano, hechando un borron en su fama y gloria poética con una traduccion modelo del culteranismo á cuya escuela, que entonces principiaba, dió Jauregui mayor vida. Lo mismo y aun mas puede decirse de la traduccion hecha por el Dr. Facia del Robo de Proserpina, original del poeta Claudiano, que

vivió en los tiempos de Arcadio y Honorio. Para que se crea el gusto depravado que por muchos chazones y demás defectos que acabamos de notar, creó en nuestra literatura. En la primera octava de este poema, escogiendo esta por que no se crea lo hacemos de la peor para poder probar nuestro aserto mas fácilmente; dice así:

—Los caballos furiosos del amante
Robador infernal, Rey del Erebo,
Y de Tenaro el carro, que arrogante
Obscureció la clara luz de Febo:
De la hija infeliz del gran Tonante
Cantar me manda (atrevimiento nuevo)
Las negras bodas, y el horrible caso:
Lejos profanos, alargad el paso,

Esto es declamar, y solo hallamos en estos versos confusión, rípió y conceptos bajos y ridiculos. Qué diferencia con la claridad, sencillez y belleza, que se nota en todos los de nuestros clásicos poetas! Parece imposible que los que tan pésimamente escribían fuesen proclamados por superiores á un Garcilaso, ó un Lope, Valbuena y otros. Es verdad, que los que esto hacían eran hombres sin talento é inficionados en los mismos defectos.

A pesar de que la mayor parte de nuestros escritores de aquel tiempo se dejaron arastrar de la corriente, y fueron envueltos en este vicio: no obstante se libraron de corrupcion y sostuvieron el honor de la lengua castellana: Moncada en su *expedicion de Catalanes y Aragoneses*, obra que aunque no perfecta como modelo de historia, debe ser estudiada por la vivacidad de sus descripciones, gravedad en las sentencias y ninguna afectación. Quevedo en sus obras jocosas como es, *El sueño de las calaveras* y el *Alguacil alguacilado*, donde se admira su ingenio, talento y gracia. D. Carlos Coloma en la *Guerra de Flandes*, pues aunque su narracion es desahogada, y su estilo no completamente castizo; refiere con sencillez é imparcialidad los hechos en que se halló interesado como testigo y como parte. Solís en su *conquista de México*, cuyo estilo es siempre brillante, pecando de afeminado á causa de su empeño en tornear y pulir las frases: con todo hay que convenir, que atendido al tiempo en que este apreciable autor escribió, parece imposible se hallen en su historia tan pocos vestros del mal gusto que entonces dominaba. Últimamente D. Diego

Saavedra Fajardo en sus *Empresas políticas*, obra mas jugosa y bñil, que posee la lengua castellana: con todo se nota ya en ella la aglomeracion pedantesca de citas de que el autor quiso lucir su erudiccion, y otros vicios en que desgraciadamente por la época en que vivió no pudo ó no supo evitar.

En los poetas le conservaron: Villegas en sus *Eróticas y Anacreónticas* que son bastante felices, aunque tienen sus resabios de conceptuosas. Quevedo en sus *poesías Satíricas*, apésar de haber abusado de equívocos y retruecanos de palabras. Esquilache en algunas de sus poesías. Pero los que sobre todos se contaminaron menos fueron nuestros poetas cómicos. Moreto lució su ingenio en muchas como el *Desden con el Desden*, *Tia y sobrina*, *El lindo D. Diego*, etc. con todo se le tacha y con justicia de que habiendo conocido y aun satirizado la deformidad y extravagancia de la escuela culta, incurrió algunas veces en sus defectos. Rojas en sus comedias de *Ano criado* etc, en que se ve su ingenio y gracia: pero se puede decir de él lo mismo que del anterior. Estos dos célebres poetas crearon el género de comedia, llamada de figuron. Últimamente descuella sobre todos el secundo D. Pedro Calderon de la Barca, que mereció y conserva aun la primacia en la escena Española. Calderon fue un autor de mucho talento y mayor imaginacion: sucedió en el teatro al gran Lope de Vega y se encontró con un público ansioso de novedad y variedades. Además Lope era excelente versificador; y á Calderon le fue preciso no dejarse vencer ni aun en esta parte, y así se admira la lozanía de las descripciones y la floridez de su estilo. De este modo consiguió no sólo igualar sino esceder á su antecesor. Las mejores comedias de este autor son las de enredo, llamadas de capa y espada, como *Antes que todo mi dama*, *La dama duende*, *No siempre lo peor es cierto* etc, todas las cuales siendo excelentes por lo bien sostenido de la fabula, lo feliz de su solucion y naturalidad y belleza del diálogo, le acreditan por el primer dramático no solo de su patria sino de toda Europa.

(Se continuará.)

José GARCÍA FLORES.

DOS CADAVERES.

A. E... del 2 de octubre de 1888.

I.

—Sonaba aun la última campanada de las diez en los relojes de la villa y corte de Madrid, cuando dos mugeres rebizadas en sus mantos salían por la puerta de Bilbao: extraño parece que á tales horas y en el mes de diciembre se atrevieran á salir solas, con el intenso frío que se deja sentir en tal mes y por semejantes sitios. Caminaban silenciosas una y otra con tanta prisa que á los pocos minutos llegaron á la puerta del Cementerio general, se detuvieron en ella y la mas jóven y que parecia el ama preguntó á su acompañante:

—¿Has traído la llave, María?

—Si señorita, y diciendo y haciendo, introdujo en la cerradura el hierro, que produjo un chirrido particular al deshacer la vuelta que tenía dada, yendo á perderse en el espacio.

Entraron y volvióse la que abriera, á cerrar la puerta, interin aparecia un hombre que por su gorro amarillo y su facha desastrada, su negra y descarnada mano izquierda librando del aire la aporriguada luz del candil que llevaba en la derecha, mas bien parecia un cadáver corroído por el tiempo que sepulturo, pues este era su oficio.

—Cerré señorita, repuso dirigiéndose á la jóven y dulcificando cuanto pudo su áspera y desquebrajada voz, creyendo que no vendria esta noche. Qué helada está cayendo!

Y luego añadió con muoca horrible.

—Hasta los muertos deben tener frío!

No parece que hizo gran caso la incógnita de sus palabras, porque siguió internándose en los patios del Campo Santo, dejando con el enterrador á la criada que juntos entraron en el chirribil de aquel, en medio del cual ardian unas cuantas tablas podridas y llenas de tierra, que producian un olor fétido y nauseabundo parecido á carne quemada. Sentáronse el uno en el suelo y la otra en un gergon, si así puede llamarse lo que de todo tenía menos paja, y comenzaron á charlar sobre el tiempo tan crudo que hacia. Sigamos á la dama, que cuando conoció que no la veían deshizo lo andado y penetró en el patio de enfrente. Su paso antes firme y nervioso tornóse vacilante, se dirigió á una sepultura y dejándose caer de rodillas á los pies de ella exclamó con voz entrecortada por los sollozos y gemidos que salían de su pecho.

—Madre mia!!!

Alzóse el velo y juntando las dos manos las elevó al cielo, con una de esas miradas en que va toda la vida llena de arrepentimiento y de dolor; una de esas miradas que dice y habla mas que los labios pudieran hacerlo, que transmiten el alma y los sentidos á quien se dirigen.

Enjugóse el copioso llanto que brotaba de sus her-

mosos y rasgados ojos negros, que á favor de la luna podían distinguirse, y al cabo de algunos instantes volvió á repetir con acento de dolor profundo y concentrado.

—Si yo te conociera Madre mia!!! Y luego añadió, loca, frenética.

—Y el hijo de mis entrañas! dónde está? Dios mio! Dios mio, mas valiera morir, morir rabiando, porque al menos apuraria de una vez la amargura que destroza mi alma... que me mata lentamente... quiero morir, y una voz me dice, vive para tu hijo; hijo de mi alma! los desvarios de tu madre te traen á este mundo. ¿No basta vivir en él para morir gozando? Estoy en la tumba de mi padre á quien he asesinado, á quien he deshonrado....

Los sollozos eran tan continuos que la voz se ahogaba en su garganta, al fin prosiguió.

—La última vez que te vi me dijiste, «hija mia» me acibares mi vida, olvida tus locos amores con Andrés; Marcha á Bayona á negocios urgentes, te dejó con tu tia, respétala como á mí y que al volver me diga, es digna de tí. Cinco años! cinco años han pasado por mi corazón como plomo derretido! Lejos de aquí estaba, supe que era pronto el tiempo de tu retorno desde pultura, y he querido venir á verte, donde el último abrazo y no separarme mas de tí.

Calló por fin la muger que de esta suerte se quejaba y por el largo silencio en que se mantenía, como ciase que oraba; fijos los ojos, la boca entreabierta, espirante y su pelo negro y sedoso á merced del viento, siguió gran rato, hasta que agitándose por un movimiento convulsivo exclamó.

—¡Oh! que frío!

Levantóse trémula, parecióla escuchar ruido tras sí y salió presurosa del patio encaminándose á la puerta, por donde salió acompañada de la misma muger que antes lo hiciera y desapareciendo en dirección á Madrid.

Cosa de novela parece á primera vista, ver á dos mugeres solas retirarse tan tarde del campo, despues de rezar por los difuntos, mas cuando se sepa la historia de esta muger no extrañará el que la lea, esta clase de penitencia que ella misma se impuso.

II.

Por el mes de mayo de 18... y á las cuatro de la tarde daba á luz una niña, en Villaviciosa de Odon y no lejos del castillo, en una de las mejores casas, una señora; su esposo la prodigaba solícitos cuidados, pero ni estos ni el esmero de tres médicos bastaron á arrancar de la muerte á la madre de la niña, muriendo seis horas despues del parto. Inconsolable su marido que al cabo de diez años de matrimonio no había tenido hasta entonces ningun sucesor, la primera que tenía le costaba la vida de su muger. Vinose á Madrid con su niña Emilia, que fué creciendo en talento y hermosura, consolándole de su pérdida.

Mas esta niña criada sin madre, no conocia las caricias de tal, esas caricias que necesitamos en nuestros primeros años, que son las que nos forman el corazón

y las inclinaciones; no había disfrutado ni de sus besos, ni de sus mimos. El padre entregado á sus muchas ocupaciones tenia que abandonarla en manos de extraños; así sucedió, criada por su nodriza, se acostumbró á sus mañas cuando niña, y á sus pensamientos, que no eran de los mejores cuando adulta. Desarrollábase su moral y su físico entre esas inclinaciones bastardas, sin conocer el goce puro que es indispensable á nuestra alma, y que cuando se hace su análisis acibarán para siempre nuestra vida. Sin amigas, sin hermanas y paseando solo con su padre, y no muy á menudo, faltábala el trato del mundo; ella creía según su nodriza le había dicho, que en este mundo vivía mejor aquel que engañaba mas, y que pues ella tenia talento, lo hiciera y gozara sin regaños de su madre ni padre. Al pie de la letra tomó Emilia sus consejos, pues á los quince años ya estaba lleva de novios; divertíase con ellos á diferentes horas desde el balcon; con el uno se reía, con el otro mostrábase seria; gozaba en fin, al ver que lloviendo se mojaba el pobre que al pie de su balcon esperaba verla. Entre tanto el padre venia, y ella le presentaba, llenándole de mil caricias el trabajo del día, que hiciera su nodriza, apropiándose su mérito. A veces, cuando el padre sabia algo de sus viajes, desechaba toda idea mala, y decia para si: «Pobrecilla, no se divierte; sin madre, sin poderme dedicar á ella.» Salía, y la traía un regalito. Llegó la niña á conocer por fin á su hombre, que la comprendió, que la habló según ella queria, y poco á poco fué apoderándose de su corazón, de su alma, y de toda ella; le amaba con toda la fuerza de que era capaz, y sin embargo, no por eso dejaba de coquetear desde el balcon, con vecinos y no vecinos. Este jóven era hijo de uno de los mas íntimos amigos de su padre y visitábala con frecuencia, aunque sin faltarla nunca. Su pasión de jóven era un torbellino, se contenía, sin embargo, no era como la de Emilia, dulce, que insensiblemente se aumenta cada día, y que se desprende solo con la vida: por el contrario, él tenia celos hasta de si mismo; y por una fatalidad, un amigo suyo le enseñó una carta de una novia, conoció la letra, miró la firma, y leyó «Emilia.»

Aquella carta era de su amada; guardó en la memoria lo que decia y la devolvió á su amigo sonriéndose, y disimulando su dolor. Este acontecimiento cambió de naturaleza: ¡él, que habia creído á Emilia incapaz de mentir, encontrarse por casualidad con aquello! sus pensamientos cambiaron, su amor cambió, todo en él se varió desde aquel momento. Pasó el día con una inquietud febril; la hora de ver á Emilia se acercaba, hizo sobre si un esfuerzo y al encontrarse frente á ella, cogió entre sus manos temblorosas las de su amor, y fijando una ardiente mirada en ella, la preguntó en tono cariñoso.

—¿A quién has escrito ayer, Emilia?

—Yo contestó ella parándose un momento, á nadie.

—No me engañas?

—Te digo que no, Luis.

Quedóse así la cosa, entre olvidada y presente y un día le ocurrió á Luis atravesar por la calle de su amada; pasó á la acera de enfrente y vió uno de los balcones abierto, y tan distraído iba que tropezó sin verle con el amigo de la carta.

—Luis, tu por aquí, le dijo, que es eso chico, estas malo? te pones muy pálido.

—No es nada, amigo mío, nada... un dolor... Adios que te diviertas, y se separó de él ocultándose en la esquina inmediata, desde donde podía ver y observar á su amada: no tardó en presentarse al balcon y saludar al amigo de Luis, mirarle, sonreírse, permaneciendo así un cuarto de hora, al cabo del cual, Luis, no pudiendo resistir mas, abandonó prontamente la calle, envuelto en negros pensamientos de venganza. Una escena parecida á la de la carta se reprodujo, cuando Luis la dijo lo de su amigo.

—Sería casual, dijo Emilia, que estuviera yo al balcon, pero no vi á nadie...

La sangre se refluyó con violencia en el corazón de Luis, que permaneció aquella noche con su amada menos tiempo que las demás. Las dos negativas de Emilia le habian descubierto de lleno el carácter de ella; necesitaba explicaciones, y su imaginación rápida.

—No, no puedo hablarla de eso mas.... pero ¿he de quedarme así.... engañado? no, ¡no y mil veces no!

Aconteció lo que siempre, que estando el fuego junto á la pólvora á lo mejor se prende. Luis disimulaba sus celos y ahogaba sus tormentos, pero con el pensamiento de vengarse; llegó por fin una noche en que ella estaba triste sin saber por que, con una dejadez encantadora y mas juguetona que nunca; parecíala mejor la voz de Luis; en fin, el diablo entró vestido de amor, apagó la luz y cubrió con su manto lo que allí pasó....

El pobre padre que á la sazón se hallaba ausente habia dejado á su hija al cuidado de una prima hermana, tía de ella. D.^a Mauricia se acostaba á las nueve y creía que su sobrinita hacia lo mismo; se engañaba, pues á Luis substituyó otro y luego otro, siguiendo el camino del crimen por ahogar Emilia en su pecho el amor que aun conservaba á Luis; este creyéndose vengado se alejó de ella, marchando á Francia. La época de regreso de su Padre se acercaba, tres años largos hacia que estaba fuera, desterrado y privado de su hija por no esponerla á las penalidades de la vida errante, y Emilia avergonzada, tuvo un momento de remordimiento, por no encontrarse con la mirada de su Padre que la habia dicho al partir

—Hija querida, sé digna de tu padre.

No se atrevia á engañarle, y por otra parte ¿qué remedio habia? El primer paso estaba dado, no tuvo fuerza para morir, para matarse, antes que encontrarse frente á frente con sus remordimientos. Dice muy bien un escritor que la carrera del crimen, es como una calle de fango humando, que al atravesarla una doncella si se escurre ó pisa mal manchado su vestido blanco no la importa despues llenarle de lodo.

Esmucha verdad, en lo muer lo mismo que en el hombre, dado el primer paso mal, una fuerza irresistible impele hácia adelante, y si alguno se detiene en su camino y arrepentido trata de volver atrás, el mundo le dice: no te admito, no quiero que infestes mi aire confundiendo con la virtud: porque alguno pudiera decir extraviada su razón, si mi arrepentimiento es sincero, me perdonan, pero en cambio ¿cómo devuelvo la calma á quien la robé? No puedo volver atrás, quiero envolver y olvidar con el vicio nuevo, el pasado y arrastrarme con todos. El vicio siempre domina en la cabeza; en aquel que esta manda á los sentimientos puros del corazón está al borde del precipicio, porque el corazón no piensa mal jamás, y cuando se dice, tiene mal corazón no es malo el corazón, es la cabeza quien le manda.

Esto pensó Emilia, ¿cómo volver la honra de su padre? el arrepentimiento... después de la culpa sin remedio, en el mundo, ¿de qué sirve?

Delirante se levantó una mañana, vispera del día en que su padre debía llegar, sedujo á una criada y partió con dirección á Francia, dejando escrita á su padre una carta que al buen anciano le produjo la muerte. Ella había dado el primer paso mal, ¿qué importaba dar el segundo? cuando se la acabaron los medios de subsistir, ¿dónde acudiría? á su buen padre no podía, hermanos no tenía y además, exclamaba jadeante, ¿y el vicio? pues que entré en él seguiré su carrera...

Al poco tiempo y sin llegar á salir de España, habitaba una lujosa casa en una capital de provincia; y si alguno la hubiera preguntado al verla tan ricamente vestida, con tantos criados, con su faz severa, pálida, quien era, le hubieran contestado.

—Esa es la querida del banquero B...

Veíase en el teatro, en paseo, gozando todas las comodidades materiales del cuerpo, pero en cambio, ¿de qué servían? si había perdido las del alma si no podía decir á su hijo:

—Aquel es tu padre.

¡Porque ni ella misma lo sabía!

Así corrían para Emilia los días, los meses y los años; uno la dejaba, aquel la tomaba, y esto unido á los escosos y á la muerte de su padre, deshonrado por ella, la hacía perder la salud; manteníala solo esa calentura febril, ese afán de vivir para sofocar los recuerdos; y cuando los tenía, arrojábase fuera de su casa, loca, frenética, riente, pero convulsiva y mártir; lanzábase en elegantes carruajes guiados por ella misma unas veces, y otras en magníficos caballos, rodeada de su querido y amigos; la infeliz olvidaba por el momento sus dolores, mas después aparecían mas intensos que antes, mas vivos, y al buscar en el lecho el reposo, encontraba la sombra de su padre, envilecida, muda y silenciosa, designándola en un lado su vida relajada, efecto todo del primer paso, y en otro un cuadro de familia. Un matrimonio con una hija casada, que trabajaba rodeada de dos niños pequeños; su esposo entraba radiante de felicidad, se abrazaban,

besaban á sus hijos y los abuelos ébrios de gozo les decían:

—¡Benditos seas! luego esto se desvanecía y venía por fin el sueño, peor cien veces que el desvelo; y así en esta agitación deslizábase su desastrosa vida, sin disfrutar un momento de calma; para ella no había felicidad, no había dicha, que falta hacía, ¿no tenía dinero y coches y criados y lujo y galas?

Era un hermoso día del mes de noviembre y el paseo estaba concurridísimo; los coches, los caballos y la gente, andaban, volvían, se paraban; allí reinaba la vida en todo su esplendor, parecía imposible que hubiera algun ser desgraciado entre aquellos; y sin embargo, en una elegante carreta, tirada por dos soberbios caballos normandos, iba una muger como de veinte á veintidos años, pálida, muy pálida; fijaba sus ojos negros y brillantes como el azabache en el espacio; de tiempo en tiempo agitábase sus labios y se estremecía toda como si tuviera frío; mas no era así; atormentaban á Emilia, que era ella, los recuerdos de su pasado, su padre, su tía; volvía la vista dejándola caer sobre la multitud y se preguntaba á sí misma:

—¿Será posible, Dios mío, que entre tanta alegría haya mugeres como yo!

Y si á indagarse fuera la vida ¿qué cadena, cuyos eslabones son los días, podría formarse!

De pronto apareció un jinete en un caballo atigrado, un apuesto doncel, como diría un novelista; cabalgaba con soltura y ligereza á tiempo que el carruaje de Emilia daba vuelta, y tuvo que dejar paso al coche; su mirada se encontró con la de Emilia y de sus bocas salieron dos gritos, el uno de dolor y el otro de sorpresa. Al grito acompañado de un movimiento que hizo Emilia, cayó al suelo la magnífica piel que cubría sus rodillas; paró el carruaje, bajó el lacayo y al poner otra vez la piel en su sitio, Emilia le dijo:

—A casa al momento.

Mas no fué el coche solo; Luis le seguía, vió donde entró, se informó, procuró saber el pasado de aquella muger, pero no le fué posible, por último, María, la criada que Emilia sacó de su casa y conservaba, como le conocía, le dió luces y le dijo que pronto iban á partir de regreso para Madrid; Luis tenía en ella lo que deseaba, pues le enteraba de todo.

Espiraba el año. Emilia supo que el tiempo de sacar á su padre de la sepultura se acercaba, y luchando entre gastar en su padre el dinero obtenido por su deshonra ó consentir que le echaran al hosario general, venció al fin el primer pensamiento y se dispuso á volver á Madrid. Su plan era fugar de su querido, llevar parte de sus alhajas, y visitar de noche á su padre yendo después á encerrarse para siempre en una casa de recogidas ó hacerse hermana de la caridad. Puso en práctica su resolución y llegó á Madrid, alquilando una modesta casa en la calle de la Palma, y la hemos visto la noche de su arribo atravesar el campo, dirigirse al cementerio á las diez de la noche, y penetrar en él con su criada María, á quien quería mucho, y según había dicho iba á regalar todo lo que traía de sus galas. Las

dejamos encaminándose á Madrid á su salida del Campo Santo, y como quiera que lo restante no debe decirse aquí, será lugar de escribir el número tres, y comenzar de este modo, oyendo la conversacion del ama y la criada.

III.

—Señorita, decía María, Dios quiera que no nos cueste caro su empeño en venir á tales horas por estos sitios, con el frio que hace.

Calló la muger y siguieron andando, cuando detrás de ellas oyeron una voz robusta que no era desconocida, gritar:

—¡Emilia, no huyas!

La criada dió un grito agudo, y dióse á correr por el campo, dando, en fin, con su cuerpo en tierra, mientras Emilia, inmóvil, creyendo escuchar la voz de su padre, oyó por segunda vez y mas fuerte que antes:

—¡Emilia!

Esta vez no la quedó duda, y exclamó precipitándose hacia una sombra que distinguió:

—¡Luis mío!

Pero éste, en vez de abrir los brazos, se separó violentamente, y la pobre Emilia cayó sin sentido á sus piés. Dias antes habia llovido, y habiase formado no lejos del sitio donde se hallaban una balsa; rompió Luis el hielo que le cubria, y mojando despues los dedos, los sacudió hacia la cara de Emilia, que volvió en si agitada por un temblor nervioso y con una violenta tos; llevábase las manos al corazon, se retorcia desesperadamente sobre si, no bastando las fuerzas de Luis á contener sus movimientos; por último, compadeciéndose de su estado, la dijo:

—Emilia, querida mía, vuelve en ti, por Dios... Necesito hablarte...

—¡Oh, Luis, yo me muero!... si... he sido muy... mata... por olvidar tu amor me entregué al... vicio; al principio te olvidé... pero despues volvió tu recuerdo mas vivo que nunca... Luis, te adoro... no merezco tu amor... sepárate, no te manches con mi aliento.

—¡Emilia! ¡ah! perdon, perdon, la fatalidad quiso que viera tu carta. y...

—Sí, Luis, todo era verdad, pero... yo te juro que era á ti á quien mas queria... ¡ay! Luis, no pue... do mas te adoro... Adios... ¡Padre mío!

Cinco minutos despues espiró Emilia en los brazos de Luis. Sostenida solo por la fiebre ardiente, el frio intenso hizo una gran reaccion en ella, y no pudo sufrir mas.

Entonces, Luis comprendió los sufrimientos de aquella muger, presentósele en aquel momento su vida pasada llena de remordimientos, y no queriendo ver por mas tiempo á la que tanto adoraba, echó á andar sin direccion alguna. Atravesó Chamberí, siguió andando, pasó por las puertas sin entrar en Madrid, y llegó al canal; siguió hasta el puente de santa Isabel, la subió en él y arrojó el sombrero; despues, bajándose á arena, escribió en ella «Emilia» y despues... despues juntó las manos, hizo la señal de la cruz, y se arrojó al agua. Tres veces salió á la superficie y otras tantas se

sumergió para no salir jamás. Sin embargo, el día siguiente amaneció lleno de luz y alegría, como los anteriores, sin alterar en nada el orden de cosas.

He aquí aclarado el doble suicidio que dos dias despues contaban los periódicos de Madrid; cada uno á su manera, y haciendo comentarios diferentes.

Madrid 23 de enero de 1858.

MANUEL JOSE QUITANA.

EL FARADI JUZEF.

ROMANCE IV.

(Continuacion.)

Por instantes se acababa
Del ajedrez la partida
Que Juzef con el alcaide
De Jalubania seguia.

El breve plazo que resta
Cuenta el principe de vida:
Sin tino el alcaide juega,
Sus yerros Juzef le avisa.

Oyéense á deshora voces
De la torre en las cortinas,
Y añafles y atabales
Resuenan entre alta grita.

Con guarnecidas marlotas
Suben la escalera arriba
Caballeros granadinos,
Caballeros de valia.

«Guárdete Alá, rey Juzef,
Noble rey Juzef, albricias:
Muhamad es muerto, y Granada
Por su señor te apellida.

Recibe pleito homenaje
De los que á ti nos envian,
Los Zeyanes, los Benegas,
Los Zaides, Mazas, Tomijas.

Suspense el buen rey se está
Sentado aun en su alcátifa,
Y, dudoso, en torno vuelve
La incierta y callada vista.

De la flor de la nobleza
En cabalgata lucida
A Jalubania entretanto
Arriba gran comitiva.

Proclamando á una voz entran
A Juzef y las festivas
Nuevas por toda la torre
Con júbilo se confirman.

Para Granada la bella
Dan todos la vuelta aprisa,
Y á su frente el buen Juzef
Va sobre una alfana pia.

(Se continuará.)

DOMINGO RUIZ DE LA VEGA.

A mi amigo D. Manuel Osorio y Bernard.

SONETO.

Es de noche, en el cielo oscurecido
No hay estrellas brillantes, ni luceros
Zumbando quier los aquilones fieros
Y escuchalos el orbe enmudecido.
Do quier se oye vibrar triste sonido
De los truenos quizá que pasajeros
Los espacios recorren altaneros
Aterrando su cruel, ronco estampido
Mas cuando el mundo terminar parece
Sale en Oriente el sol y hace que vea
El pasajero en el la luz que crece
La vida es esa noche oscura y fea
El sol la amistad que luz ofrece
Si tanto bien nos dá bendita sea.

Guatonto PEROGORDO y RODRIGUEZ.

DECLARACION.

Querábe del alma mía,
Vision de mis sueños de oro,
Inmensurable tesoro,
Oculto en este confin.
Reparad este billete,
Que es nada al pudor manecilla,
Pese á la virgen mejilla,
Asóme el rojo carmin.
Cuando lá luna argentaba,
Allá en la noche sombría,
En mi joven fantasia,
Un ángel de amor soñé.
Que prediciéndome amores,
Con su sonoro acento,
En estasiado contento,
Sus palabras escuché.
Pintóme una blanca esfera,
Con tan risueños colores,
Que todo eran luz y flores,
Todo ventura y amor.
Luciendo en nubes de grana,
Y entre opulentos placeres,
Con sus galanes, mugeres
De sonrosado color.
Y después rasgando un velo,
Con sus purpurinas alas,
Me arrodillé ante las galas,
Que siempre ilusion creí.
Era la imagen hermosa,
De mi sueño venerado,
Era el querúbe humillado,
Que en mi mente concebí.

Esbelto, gentil talante,
Alto el pecho, breve mano,
Rudoso el cabello tufano,
Y tersa la blanca tez.

Con una mirada ardiente,
Pero tan pura y tan bella,
Que al encontrarme con ella,
Me cubrí de timidez.

Sois vos; si, sois aquel ángel
Que me soñé en mi delirio:
Sois de mi grato martirio
La querida realidad.

Al fin te hallé; blanca estrella
De mi vida, que hoy alcanza
De la aurora de esperanza,
El iris de su beldad.

¡Cuanto os amo! de tus ojos
Brotó una ligera llama,
Que aquí en mi pecho se inflama,
Y voraz la siento arder.

¡Cual me tortura y me quema
Con su fuego inextinguible!
¡Por compasión! es horrible,
Basta ya de padecer.

Cada vez es mas intensa,
Y mas dimensiones toma,
Hasta que mi pecho coma,
Y abrase mi corazón.

Que en vano me desespero,
Por aplacar su influencia,
Cada vez con mas violencia.
Estalla en fuerza y tesón.

¡Oh! por piedad; apaciguame
La hoguera que me subota,
Pronunciando vuestra boda,
Ese venturoso día.

Tu la encendiste á mi luz,
Y pues me devora el pecho,
La reparacion del hecho,
Es deber vengá de ti.

Mira, ángel mío, tu imagen
Ocupa mi pensamiento,
Dulce y tirano tormento,
Que me persigue do quier.

Mi pesadilla constante,
Mas tan tierna en sus rigores,
Que acaricia mis amores,
Con indecible placer.

Tus elegantes contornos,
Mis sentidos alucinan,
Y en mi corazón resuman,
Su molición virginal.

Que sin saber defenderse,
De rendirse solo trata,
No esperando hallar ingata,
A su niña celestial.

I. VELASCO.

¡POR ELLA LORO!

Una zagala
De hermosos ojos
Puso en mi pecho
Ardiente foco.

Por ella gimo,
Por ella lloro,
Por ella ansio
El verme solo.

Y aquí en la selva
Junto á este arroyo
A su memoria
Versos compongo.

De mi rebaño
Ya me abandono,
Ya no persigo
Al fiero lobo.

Y por las noches
Cuando retorno
A mi majada,
Ni leche tomo,
Ni en vano puedo
Hallar reposo;
Pues mi zagala
Me vuelve loco.

Por ella gimo,
Por ella lloro,

Si de la brisa
Escucho el soplo
Con él su acento
Yo le equivoco.

Y si los mimbres
Mueve sonoros
Su esbelto talle
Recuerdo pronto.

Mas sus oídos
¡Siempre están sordos!
Aunque la diga
Puesto de hinojos
Que ella es la causa
De mis insomnios,
Una esperanza
Nunca recobro.

Pues mi zagala
Me vuelve loco.
Por ella gimo
Por ella lloro.

CARLOS PIZARROSO.

ESPECTÁCULOS.

NOVEDADES. Este teatro obligado á suspender las representaciones del arreglo, de que ya dimos cuenta

á nuestros lectores, y que tan poca aceptación obtuvo del público sensato, trajo otra vez á la escena *La Paloma y los Halcones*, el *Patriarca del Turia*, y despues el drama en tres actos y en verso que lleva por título *La vida de Juan soldado*. Celebramos que la empresa de este teatro quiera recobrar la reputacion que perdió con las representaciones de arreglos como los que hemos visto con tanto desagrado.

Sabemos que en uno de estos últimos dias se ha repartido el nuevo drama *Entre el cielo y la tierra*, y que inmediatamente despues se repartirá el de la distinguida escritora señora Avellaneda, titulado *Baltasar*, para cuya representacion no omitirá la empresa gasto de ninguna clase.

CIRCO. En la noche del sábado, 30 del pasado, se estrenó en este coliseo á beneficio de la señorita Concha Ruiz, la comedia titulada *Ogano y Antaño*, en tres actos y en verso, original del actor D. Pedro Maria Sobrado. Su argumento carece de todo interés, y su versificación nada mas que regular, logrando solo divertir al público con sus repetidos chistes.

La señorita Ruiz desempeñó su papel con bastante acierto, mereciendo del público entusiastas aplausos, haciéndola repetir la *museira*. El principal papel estuvo á cargo de su autor, y los demás actores estuvieron bien, y sobre todos el Sr. Fernandez.

La produccion del distinguido escritor señor Escribá, *Adriana*, que tambien se ha puestro en escena, obtuvo como siempre un éxito brillante. La simpática señora Lamadrid, recogió nuevos laureles en la ejecucion de su favorita.

PRINCESA. La empresa de este teatro continúa esforzándose por complacer al público que llena sus localidades. En él se ha representado la linda comedia titulada *Las travesuras de Juana*, haciéndose aplaudir en el desempeño de sus respectivos papeles la señorita Segura en el de protagonista, y el Sr. Albalat en el de Acerico.

Al propio tiempo felicitamos á la empresa por la adquisicion de las señoras Sampelayo y Bagá, y los señores Aguirre y Olona, que pertenecian á la ya disuelta compañía del teatro del Principe.

A la mayor brevedad se pondrá en escena una nueva produccion que lleva por título *El alcalde proveedor*.

ZARZUELA. La obra musical *Una tempestad en América*, original del Sr. Llorens, que ya anunciamos á nuestros lectores, ha tenido lugar con un éxito bastante lisonjero para su autor. La creemos mas propia para ejecutada al aire libre, que no en recinto como el de un teatro, en que se prefieren músicas mas melodiosas y suaves.

La falta de espacio nos impide detenernos mas en esta seccion, como quisiéramos.

FRANCISCO QUIROGA DE BARCIA.

El editor responsable, ANTONIO NUÉVALOS.

MADRID:—Imprenta y librería de la viuda de Tanques é hijos.
Ancha de S. Bernardo, 17.